

Méjico, 15 de Junio de 1859.

Heme ya de vuelta á la corte, asendereado y molido, y ademas sin un octavo, gracias á la feliz inspiracion de mis amigos que discurrieron llevarme á Tlalpan, y gracias á mi bonachona docilidad, que á las pocas instancias me hizo ceder por no ser ménos que los demas, por seguir á la corte y por la comezon de aprender, admirar y referir todo lo que atañe y pertenece á la vida de ilustracion y adelanto. Si yo me hubiera quedado aquí, aun tendria en mis bolsillos algunos realejos en pacífica guarda; pero tampoco habria yo adquirido, ademas de la calificacion de culto, ciertos conocimientos preciosos y de casi, casi inestimable valor. Así es, que, aparte del remordimiento y escozor de haber jugado

fuera de la necesidad en que estoy de ir á proporcionarme dinero en la casa de mi banquero; y sin contar con lo destrozado que tengo el cuerpo y el estómago, por lo demas estoy perfectamente bien, y creo que saldré del paso con unos ocho dias de cama por la indigestion y el cansancio.

Quiero, para que conozcas toda la historia, comenzar desde el convite que me hicieron para las fiestas. Mas debo advertirte que desde que llegué á la corte, y supieron que mis rentas eran bastantes para darme una buena vida sin trabajar personalmente, me declararon, todos los que hoy son mis amigos, un buen chico, un excelente sujeto, que aunque venia de las Batuecas, donde maldita la cosa buena que hay, yo era la ecepcion de la regla, y habia sido el hijo mimado de la fortuna, puesto que habia venido á dar á la corte, donde recibiria el barniz indispensable, única cosa que me faltaba, y que ellos, mis amigos, se encargaban de echarme á cuentas.

En consecuencia de esos buenos deseos, me rodearon asiduamente esos Patrocles, me presentaron en las mejores casas de sus relaciones, y hacian tantos elogios de mi desinterés, de mi bello carácter, de mi amabilidad, que en todas partes me rogaban frecuentase su tertulia y no olvidase el camino de aquella casa. La primera vez que era presentado, no habia demostracion de afecto que dejara de prodigárseme: las niñas tocaban el piano y cantaban para darme á conocer sus habilidades; las señoras me mostraban todo cuanto tenian digno de llamar la atencion; pero sobre todo me hablaban de las niñas y me ponderaban sus virtudes, sus bellísimas genialidades, su dócil carácter, sus felices disposiciones para todo lo bueno, util y deleitable. En suma era una esposicion mas completa que la de la industria, hecha en favor del pobre batueco, á quien de todas maneras querian complacer. Mas á la segunda visita, me encontraba yo co-

mo en el teatro al segundo acto de un drama moderno, con cambio completo de decoraciones, personas y lenguaje. A la encantadora amabilidad de un día era sustituida la magestuosa seriedad del cortesano para con un pobre babieca; á la diligente solicitud de las niñas para complacerme, sucedia cierto desvío hácia mí y cierto cuchicheo hácia unos bellísimos y bien acabados figurines, que aun dudaba yo si eran las mismas jovencitas de imponderables virtudes, de seductoras genialidades y de angélico carácter.

Como esto lo observé en todas las casas donde habia niñas destinadas al contingente matrimonial, no pudo ménos que excitar mi curiosidad, y supe por mis mentores que ese cambio consistía en que cuando me veian la primera vez y sabian que era batueco, no mal dispuesto para ser diputado segun la convocatoria de 841—puesto que tenia capital físico—y franco y bonachon, algunas me habian echado el ojo para poner en mi cerviz la coyunda de Himeneo, por cuanto tenia todos los caracteres propios para hacer un marido excelente; pero que desde el momento en que daba las buenas noches y bajaba el primer peldaño de la escalera, empezaban á ampliar las informaciones de *vita et moribus*, y entónces, ¡qué horror! sabian que una fresca y robusta lugareña les habia ganado por la mano, y era dueña de lo que tan bien les hubiera venido, ya desde ese momento se me consideraba como mueble inútil, se me ponía en la seccion de impertinencias, se me relegaba al depósito de los efectos improductivos, se me arrinconaba en el lugar destinado á las mercancías averiadas. Los pollos que con mi presentacion habian recibido un golpe eléctrico y me veian con desconfianza y desvío la primera vez, ya á poco eran mis íntimos amigos y respiraban á sus anchuras, y me veian como una vaca de ordinaria, tanto por lo inofensivo, cuanto por el lucro que podia proporcionarles. Las niñas que en su ensueños habian visto un buen

hombre sin los resabios de un adjunto indomesticable, y capaz por lo mismo de amoldarlo, ya despues encontraban mil tachas y nulidades que les hacian volver á sus momentaneamente abandonados galanteos.

Me recibian, es verdad; pero ya en la clase de un conocido á quien se ve sin emocion y se deja de ver sin amargura. Yo volvía ó no, segun el humor me lo aconsejaba, y no me daba por entendido de aquellos cambios, acostumbrado como estoy á los caprichos del viento. Mas poco á poco me grangeaba la *estimacion* de mis conocimientos, y vé por qué. Una vez estaba en visita y el dia era frio y airoso como lo son aquí los de Febrero: unas niñas que se despedian empezaron á quejarse del mal tiempo y de lo léjos que estaba su casa, y allá como al descuido dejaron caer la palabra *coche*. Un rayo repentino de luz me iluminó: supliqué me aguardaran un instante, hice que el mozo *volara* por mi cuenta y traje, se el mejor *simon* que pudiera encontrar. Empaqueté allí á las damas, pagué liberalmente al cochero y ya tuve en aquellas unas encomiastas de mi galanteria. Las que quedaron no dejaron de *recortar* á las que se iban por la indirectilla á guisa de peticion de subsidios; pero una de ellas manifestó que en la casa de Montauriol habia unos *gatos franceses* bellísimos, que el buen peluquero habia traído á costa de mil afanes para obsequio de las damas elegantes: tanto dijo, tanto ponderó la gracia de los tales animalitos, y manifestó tantos deseos de acariciar la sedosa piel de uno de ellos, que yo tomé mi sombrero y salí á pasos largos, resuelto á conquistar á punta de lanza un maldito miembro de la raza felina.

Llegué á la elegantísima peluqueria; pregunté por el artículo en cuestion, me le mostraron, hice mi pretension liza y llana, se acordó de buena voluntad, llamé un mozo, le entregué el efecto, y pregunté por ceremonia en cuanto estimaban el servicio que les hacia de quitarles un animal dañino aunque civilizado. “Oh! mi señor, me

contestó aquel excelente individuo: estos preciosos animalitos vd. sabrá ya que *son costosos de una onza.*" ¿Podía rehnsarla cuando ya el objeto de los deseos de una señorita iba en camino? Solté diez y seis duros y la niña quedó sumamente complacida por mi amable condescendencia. Estos lances repetidos en todas partes, diversificados de mil maneras, aplicados á toda clase de objetos, hicieron que á poco tiempo me vieran como amigo y no como conocido, y así he adquirido un buen número de amistades.

Muchos pues de estos *caros* conocimientos me hablaron de las fiestas que proximately debia haber en Tlapam, mas bien por lamentarse de la desgracia de no haber encontrado carruaje para trasladarse á aquel real sitio, y para encargarme que si sabia de algunos asientos les diese parte, por cuanto estaban con el compromiso de acompañar allá á *Pupa* y á *Lola* y á *Chucha* y á *Charo*. Yo complaciente, como un candidato de ministerio, me ofrecí á proporcionarles vehículo, y me heché por esos mundos de Dios á buscar algo que sirviera para mi objeto; y como aquí en la corte cuando los cordones de la alforja no están fuertemente anudados, y cuando la alforja no está como barriga de cesante todo se consigue, mediante algunas agujas saqué mi pabellon honrosamente; pero hube de dar mi palabra de que asistiría á la feria. Con eso y con ir uno de mis queridos mentores á ponderarme lo mucho que me habia de agradar el paseo, heme aquí dispuesto á trasladarme á la antigua capital del estado de Méjico.

Mas para disfrutar de los suntuosos bailes que en las gordas nos habian ofrecido los directores de la fiesta, era preciso que tambien fueran mis accesorios de elegancia, y en esa virtud ví á mi zapatero para que me hiciera en el acto unas botas de primera calidad, me trasladé á la calle del Refugio, donde una preciosa dama me tomó las manos, como si fuera á decirme la bue-

na ventura, y me ajustó unos excelentes guantes de Jouvin, tomándose la molestia de ponérmelos y acomodármelos con la mayor amabilidad, y admirando las colorales dimensiones de mis uñas, dejadas crecer *ex profeso* para dar á los dedos una forma verdaderamente artística. Por lo que hace á mi sastre, me llevó dos ó tres vestidos hechos segun los últimos figurines que trajo el *Correo de Ultramar*, que aunque nunca son de la época, sino de dos ó tres estaciones anteriores, vienen todavía chorreando las aguas del Sena, y esto basta.

Así dispuesto mi hatillo, y encargado á uno de los muchos que llevan á la feria sus carruajes para buscar honradamente su vida, me fuí á una *pension de caballos* y conseguí me alquilaran el de un caballero que habia ido á recorrer el interior para ver sus negocios de minas, debiendo á esta circunstancia la creencia en que estaba el preceptor del corcel, de que podia sacar todos los perances que se le proporcionaran.

Muy de mañana llegaron mis amigos el domingo y ántes de oír misa, lo cual no lo juzgaron indispensable, nos pusimos en camino, cuidando de embaular á precaucion, unas buenas tazas de café con leche, y unas sabrosas tostadas, como si se tratara de atravesar el desierto, por lo que no faltó entre mis compañeros quien se abasteciera de vituallas á fin de evitar que la hambre nos rindiera.

Todo el camino era un cordon no interrumpido de carruajes y caballos que iban á Tlapam, con mas empeño que si se tratara de ir á ganar un jubileo. Las diligencias y los omnibus estaban literalmente atestados de damas y caballeros, que ó bien tenian que ir como panes de jabon por lo apretado, ó bien invadian el asiento del cochero, el cielo del coche y á veces hasta el estribo. Aquí una elegante jovencita llevaba el gorro convertido en empanada, cuyo relleno figuraba su cabeza con todo y la profusion de listones y cuentas: mas allá los aros

de la *crinolina* se levantaban á impulsos de las presiones laterales, y formaban una caverna artificial de no muy decente gusto: acullá un remedo de *parisien* dejaba un faldon de la levita bajo la macisa posadera de una jamona que no le dejaba respirar: por el otro lado un chíquillo revoltoso hacia un aguacero sobre las piernas de su buen papá y sus vecinos rayanos: mas adelante la alegre cotorróna que iba entre un ex-diputado y un comerciante de abarrotes, defetdia el terreno que ocupaba palmo á palmo, contra la injusta invasion de una criada antigua que, acurrucada á sus piés, queria ensanchar los límites de su posesion.

Fuera de los coches se veian caballos éticos enjaezados con arneses de un parentesco muy remoto, sobre los cuales se pavoneaba un mimado hijo de familia, que ocultaba su escapatoria con el pretesto de ir á acompañar á su preceptor; ó bien un dependiente de comercio que se proponia aumentar los préstamos que le hacia *Don Prudencio* y volver mas rico que un banquero; ó tal vez el empleado de una oficina que á falta de silla habia ocurrido á un albardon: ó en fin, un matrimonio medio plebeyo, medio hidalgo, compuesto de una moce-tona de enagua blanca, banda encarnada, y rebozo terciado y el sombrero jarano del adjunto; y de este, que lleva un pantalon de casimir del país, queriendo alcanzar la rodilla y dejando al fresco media pierna y un zapato blanco, una chaqueta de dril, una banda carmesí, y un pañuelo en la cabeza, que hace oficios del sombrero que cubre á su hermosa mitad.

No dabamos un paso sin encontrar viajeros que iban á la romeria en todos trajes y en todas actitudes, no siendo pocos los que iban jadeando y echando el alma por la boca, solamente por no perder de vista á la señora de sus pensamientos, que era conducida por una alquilona carretela, la cual á duras penas podia con la carga que se le habia impuesto.)

Como á las diez de la mañana llegamos á la ciudad alegre: dificilmente pudimos atravesar por entre aquel inmenso gentio que de todos los ángulos de la ciudad, de cada calle, de cada casa se dirigian al centro como si una fuerza superior los impulsara: dificilmente tambien pudimos encontrar donde poner nuestras cabalgaduras, porque *hoteles*, *mesones*, posadas y casas particulares habian sufrido la irrupcion cortesana y aun lugareña. Cuando hubimos de encontrar un rincon, nuestro primer cuidado fué emperifollarnos para ir á presentar nuestros respetos á todas nuestras conocidas, quienes desde luego nos declararon que les perteneciamos por derecho para llevarlas al teatro, al paseo, á los toros y á los gallos, debiendo rematar en el baile. No hubo mas remedio que ceder, y empezamos á recorrer las tortuosas calles de S. Agustin y á dar y recibir saludos de todos los que encontramos, y á hacer observaciones sobre el peinado de una, el vestido de otra y la manteleta de aquella, observaciones que debo confesar, iniciaba siempre alguna de nuestras compañeras, y que traian á la cola una serie de historias sobre el origen, valor y demas circunstancias del objeto censurado. Porque lo primero que hacen los que se encuentran en este paseo y otros de la misma especie, es echarse en un vistazo de piés á cabeza que vale mas que el inventario de un acreedor, y conjeturar—las mas veces con mucho acierto—de donde salió para los gastos de la jornada; porque D. N.* es apenas empleado en rentas de muy baja escala, y tiene un sueldo muy mezquino y su familia es muy numerosa: D.* M.* es viuda de un comerciante cuyos acreedores tuvieron que recibir á tira y tiron un cuarto por ciento de sus créditos, y sin embargo hoy se presenta con un vestido de magnífico gró de olanes, valioso en cien pesos, un tápalo de tres colores que costó ochenta, y una carretela que vale ochocientos: D.* J.* que ayer solicitaba entre sus amistades algun recurso para atender á su mucha ne-

cesidad y para pagar diez meses de atraso en su renta, hoy lleva alhajas que valen dos mil pesos: D. Z.* que hace un mes se queria suicidar porque sus acreedores lo hostigaban, hoy trae los bolsillos repletos de oro y hace frente á una fuerte partida con intencion de *desmontar*. Don S* que salió de tal oficina porque sus papeles rezaban diez y su caja numeraba tres, hoy trae un magnífico *Lozada* que con leontina y dijes muy bien vale sus ochocientos duros, y ademas una sortija con un grueso brillante por el que Varis daría sin vacilar un par de mil pesos. Y á este mismo d'apason siguen las citas, y los comentarios, y las críticas, que acaso en la corte no se hacen, por cuanto el teatro es mayor, y cada actor, por muy notable que sea, apénas se hace perceptible en medio de tanto barullo.

Una de las niñas que acompañáhamos, á muy poco de habernos dirigido á las *Fuentes* vió pasar un apuesto mozalvete de esos que tienen el ojo vivaracho, el bigote á lo mosquetero y la cintura á lo señorita, merced al riguroso conjunto de ballenas en que se incrustan; se dirigieron una mirada intraducible, porque del un lado, el del *Lovelace*, habia hasta cierto punto orgullo, insulto, hastio; y del otro, el de la niña, habia humillacion, deseo, resignacion, qué se yo. Lo cierto es que nuestra compañera se quejó de fatiga y dijo que el pecho se le abrazaba . . . y . . . á poco se repuso.

Cuando llegamos al Calvario una escena enteramente igual, aunque con distintos actores, tuvo lugar. Después, cuando entramos á una huerta sucedió lo mismo con otros; y para no cansarte, en el dia fui seis veces espectador de esa misma pieza. ¿Qué significaba todo ello? Una cosa muy sencilla: que hoy, y desde que la historia de Traviata es conocida en los círculos del buen tono, muchas leonas y aun cachorras se han hecho un deber de imitarla hasta en sus ápices, cuidando mucho de dar á entender que ha habido todo lo que la leyenda mas lar-

gamente contiene, y que en consecuencia hay afeccion de pecho, hay languidez, hay confidencias y hay . . . casi deshonra. ¿Comprendes esto? Pues una jóven para hacerse muy interesante, para darse á conocer como una criatura superior debe prescindir del sello de la inocencia, debe abandonar al purísimo perfume de la rosa en pimpollo aun, para convertirse, no en una flor marchitada por haberla arrancado de su tallo una impura mano, pero sí por haberse dejado acariciar por un viento abrazador. Una muger que hace eso, es citada por un modelo de sensibilidad, de alma elevada, de pasiones sublimes. Y por eso hay muchas Traviatas en la corte, al paso que por allá procuramos que ni sea conocida esta produccion tan llena de moralidad y tan propia para alimentar el corazon de una vírgen.

Cuando las damas nos dieron libertad, mis amigos me llevaron á la plaza donde habia tantas mesas de juego como puestos de fruta en nuestros *tianguis*; pero en esas mesas se jugaba muy bajo, y solo eran frecuentadas por los artesanos que iban á dejar allí sus economías de doce meses; por los empleadillos y comerciantes de abarrotos que no estaban muy bien hallados con sus honestos y deshonestos ahorrillos; hijos é hijas del pueblo, aunque con el vestido de bautizar, que habian fundado sus esperanzas en diez albuces á la dobla; y tal cual pajaraco vergonzante que esperaba crear allí plumas para emprender su vuelo á mas elevadas regiones.

Jugadores de otra especie, que eran tanto mas solicitados y rodeados, por cuanto entre jugada y jugada, miéntras en mugriento cubilete agitaban los dados, soltaban una andanada de versos mas libres que un constitucional, los cuales eran furiosamente aplaudidos por la ilustre leperocracia, que encontraba allí su propio idioma, sus mismos pensamientos, su idéntica desnudez en la expresion.

Partidas para la aristocracia, es decir de aquellas en

que se jugaba oro y se *tallaba* por todo un *señor don...* habian buscado una posicion alta como correspondia á su rango y al de las personas en cuyo obsequio se establecian. Allí generales, ex-diputados, ex-consejeros, ex-ministros, abogados, médicos, agiotistas, y todo lo mas encumbrado de la corte se presentaba sin ceremonia y sin empacho; y la razon era mas sencilla que un casimir de verano. A Tlalpam va todo el mundo á divertirse: son dias de regocijo, de placer; y ni uno ni otro habria si no se jugara: eso sí, siempre por pasar el rato, no por ganarse hasta la camisa, que eso solo lo hace la gente de baja esfera. Se pierden dos ó trescientas onzas, se piden prestadas otras tantas, se sale de allí con deudas que ó no se pagarán en un año, ó se pagarán con los sueldos, es decir con los alimentos de la familia; á no ser que el perdidoso sea de esos que están pendientes de los apuros nacionales para convertirlos en sus cajas de ahorros, y hacer que las arcas publicas les indemnicen de las pérdidas que supieron adquirir en las fiestas.

El mal ejemplo corrompe: ví que hasta las señoras jugaban y no quise ni por un momento señalarme. Puse mi dinero á una carta que otro habia espiado á la puerta; era un tres de espadas y al voltear el naipe se encontraron y me encontré con que el tal tres se habia convertido en rey de oros, dejándonos sorprendidos con aquella, metamórfosis que ciertamente no olió el buen Ovidio; y como de esas sucedieron muchas, cuando me quedé sin medio real, hice una de aquellas prudentes reflexiones que desgraciadamente siempre llegan como los socorros á las plazas sitiadas, cuando todo se ha perdido; y me retiré de allí convencido de que tenia que habérmelas con brujos.

Busqué mi desquite en el baile y me lancé á él y ví de emociones que me borrarán de la imaginacion, las sotas y los reyes, las judias y las viejas, los tecolotes y

piratas. El salon estaba concurridísimo; las señoras ocupando con sus cascadas de ropa todos los asientos obligaban al sexo feo á estar de pié como ante la magestad real. El espacio libre para el baile era tan estrecho que apenas se podia dar una vuelta con la compañera y eso venciendo una muralla viva que á su vez tenia que pasar por las mismas dificultades.

Las niñas en el baile se entregaban sin la menor reserva á toda clase de declaraciones amorosas, porque regla invariable es que cuando un individuo saca una beldad á bailar, debe formular, venga ó no venga al caso, una bien sertida improvisacion en que se dice que el corazon sufre, que el fuego que circula por las venas es un volcan encendido, que el sol es una pálida centella en comparacion de los ojos de la niña, que las flores son miserables creaciones al lado de tanta belleza, y en suma, tanto disparate, tanta exajeracion, tanta barbaridad, que si las agraciadas no conocieran que son frivolidades sociales, y lo tomaran por lo serio, deberian creer que se les burlaba. Pero allí todo pasa, todo es bien recibido, y nadie dice una palabra porque la dama incline confiantemente su cabeza sobre el hombro del que la conduce en un vals, así pudieran conocerse de media hora ántes; nadie se escandaliza de que una niña en las rapidas vueltas de un baile deje flotar su vestido como las velas infladas de un navio, dando en espectáculo hasta lo mas reservado de su guarda-ropa: no, tan léjos están de que tales cosas se les reprueben, que al contrario, por tales gracias merecen el nombre de sílfides aereas, fantástica; y en verdad que de perlas les viene eso de la fantasfa, porque si no fuera por lo que ella trabaja en trabucar el seso y el juicio de los hombres, con tales antecedentes muy bien creo que presto se acabaria el mundo.

Lo que sobre todo me admira es como esas niñas de complexion tan delicada, de nervios tan sensibilizados,

de constituciones tan débiles pueden resistir no solamente doce horas continuas de vigilia, sino lo que es mas, como no se rinden con tantos brincos y zapatetas como tienen que dar en las innumerables piezas que se bailan toda una noche. Yo no soy tan susceptible al cansancio, y sin embargo á las dos horas pedia misericordia; miéntras que unas jovencitas que no van á misa porque se cansan de andar dos cuadras; que no hacen ejercicio sino en coche, á consecuencia de que se fatigan mucho de ir á pié; que todo el dia lo pasan recostadas lánguidamente sobre los divanes ó confidentes, no era posible hacerlas sentar, y parecia que sus pies los tenían llenos de azogue, puesto que no cesaban en las redowas y varsovianas, en las cuadrillas y contradanzas. Y esto no un dia, sino tres seguidos; y para restaurar sus fuerzas emprendian paseos á las huertas, al Calvario á cualquiera parte, con tal que se movieran y no estuvieran en quietud.

Cuando fastidiado de tal zambra volví á Méjico creí que no me seria posible llegar, á causa del molimiento tan atroz que habia sufrido. Mis compañeros venian disgustadísimos de la jornada por cuanto habian encontrado varias cosas, á saber: monteros que los habian limpiado, novias que les habian dado su patente por cuanto habian hecho mejores conquistas, fondas donde no habian comido pero habian pagado muy caro, caballeros de industria que los habian esquilado, *loros* que los habian picoteado, escoltas que no los habian defendido y rivales que los habian desafiado.

¿No es verdad, Bibianilla, que los cortesanos son muy hábiles en eso de proporcionarse diversiones? La mas grata para algunos de los que nos acompañaban á la vuelta era, que al llegar á sus casas iban á encontrar á sus mugeres ó hijos llorando de hambre, á su principal ó gefe furioso por la ausencia, y dispuesto á ponerlos de patitas en las cuatro esquinas por andar á picos pardos, y á los acreedores espiritados, por cuanto habian des-

cubierto que al paso que no les pagaban habia para ir á Tlalpam á tirar sobre la verde unas diez ó doce onzas de oro.

Uno muy principalmente venia trinando de lo lindo. Su gefe le habia encargado que cobrase una letra de mil pesos: pilló el dinero: tuvo corazonada y se fletó á la feria á doblar el capital, con lo que esperaba salir de ahogos. Echó la cuenta sin la huéspedea, ó mejor dicho sin el montero; y cuando él esperaba ser poseedor de dos mil durejos, se quedó con la talega vacía y sin tener para los gastos de vuelta que alguno le suplía. Iba pensando si despues de aquel ligero centratempo deberia volverse á Méjico, ó tomar la direccion del pedregal, para reunirse con algunos de los muchos caballeros andantes que por aquellos vericuetos andan haciendo agravios y desfaciendo propiedades. No sé que suerte habrá corrido.

Aunque muy someramente, he cumplido mi palabra, lo cual en estos tiempos y en la corte no todos lo pueden decir. Conténtate por tanto con este bosquejo, y aguarda hasta otro dia. Adios.—*Caralampio*.